

El diablo

DRA. LUCÍA YÉPEZ VILLAFUERTE

Testigos de casi treinta años de abandono los goznes rechinan al abrir la puerta, el olor a humedad penetra por sus fosas nasales y se le pega en la garganta. ¿Cuánto hace que...? Con un movimiento de cabeza ahuyenta el recuerdo que intenta abrirse paso en su memoria. Mira el reloj, apenas son las siete, aún no oscurece aunque dentro de la casa sea de noche. Pisa con cuidado buscando el apagador antes de que se haga más tarde. Debe encontrar los papeles que necesita, no quiere pasar la noche ahí. Al fin encuentra el interruptor y lo enciende. La habitación se ilumina y su mirada recorre todos y cada uno de los rincones que la conforman: los muebles viejos y polvorientos, los candeleros a punto de desprenderse del techo. Delgadas hileras de moho escapan por las múltiples grietas en las paredes. Todo huele a viejo. Busca con la vista la puerta del despacho y camina hacia allá entre tierra y trozos de madera apolillada caída de las vigas del techo. De pronto sus pies golpean algo y al instante las notas de un vals se precipitan en sus oídos con su ritmo suave y lento.

Entre sus manos la bailarina danza reflejándose en el espejo de la caja de música. ¿Qué es lo que baila papá? El vals El beso de Strauss. Es hermoso, contesto, mientras giramos la bailarina, en la caja de música, y yo alrededor de él. Quiero ser bailarina como ella y bailar ese vals. Así, igualito que ella. ¿Sí papá, puedo? Claro preciosa, claro que puedes. Y sus labios gruesos recorren el rostro de la niña que estalla en carcajadas.

Sus manos buscan entre los escombros hasta dar con la caja musical donde, sin brazos, la misma bailarina del vals "El beso" danza frente al espejo, ahora sin brillo, de la caja. Una lágrima lenta y silenciosa desciende por su mejilla. Mira otra vez esas paredes descascaradas por el tiempo, ya sin color, sin vida. ¿Por qué regresó, a quién le importa esa casa semiderruida? A ninguno, era cierto, a nadie. Sólo a ella.

Después de eso todos huyeron, decían que las paredes chorreaban sangre, que los gritos de dolor del hombre antes de morir flotaban como pompas de jabón en el aire, estallando cuando menos se esperaba, que la niña, angelito de Dios, no supo lo que hacía. Que la casa, aunque la rociaran con agua bendita, estaba maldita, porque cosas como esas sólo suceden donde habita el diablo y el diablo mismo era su padre.

